

y, tomando como centro el bastón, describía en los saltos elegantes arcos de círculo.

Llegados a la minúscula casa, dos mujercitas, minúsculas también, les miraban desde el umbral.

—¡Buenos días!—dijo Mélitta, poniendo en manos de una de las mujeres cierta moneda propiciatoria.—¿Están libres las dos habitaciones que dan al lago?

Y se libró del saco, y se quitó el sombrero, dando libertad ante el sol purísimo a su purísima cabellera de un rubio *chartreuse*. El viento le hinchaba la blanca camiseta.

—Estás sudando, Mauro. Ponte mi capa.

Mauro, mudo, contemplaba la montaña,

y el lago,

y el silencio sobrenatural,

y las blancas cimas del sur, que se copiaban

en el agua encrespada por el viento,

y el vuelo solemne de los halcones,

y el infinito,

como escriben los novelistas jóvenes, que tienen más papel a llenar que ideas a exponer.

*
* *

—¿Vas por el pollo?

—Voy.

—¿Con habas, como le gustaba a Pitágoras?

—Pitágoras tenía gustos de profesor de matemáticas. Le odio.

—¿Con setas, entonces?

—Si no hay peligro inminente de muerte.

—He tomado informes particularísimos en la cocina, y me han dado inmejorables referencias.

—¿Han hecho la prueba del perejil y de la moneda de plata?

—Son pruebas que no prueban nada. Hay un sólo medio infalible: dárselas a comer antes a un pariente próximo.

—Es que ciertos parientes—dijo Mauro—resisten hasta las setas envenenadas. ¿Cómo es la cocina?

—La última palabra en modernismo culinario.

—¿Pulida?

—Esterilizada. Voy a dar órdenes.

Mauro estaba sentado a la mesa, y miraba en torno suyo, un poco asombrado de hallarse en aquella especie de refectorio monástico, sin adorno ninguno, como en una admirable sublimidad de renunciamento; largas planchas sobre caballetes, en vez de mesas; manteles muy viejos, pero immaculados; bancos desde aquí hasta allá.

En las paredes, ni almanaques, ni invitaciones a probar este licor o aquel aperitivo, ni cuadros con el Moro de Venecia o con el combate de Ábba Garima y el retrato de Menelik.

Dos ventanas abiertas sobre el espejo del lago.

Por un instinto de defensa había huído; y un automatismo inconsciente habíale empujado todo el camino. No había sabido dónde iba, desconocedor de lugares y de nombres. Habíale parecido recorrer un libro de ciencias naturales: habíase metido dentro de los abedules, luego de las plantas de hojas caducas, y después de los rododendros; en los claros de los larix y de los abetos había infinitos enebros enanos, y las violetas delicadísimas habían surgido entre los musgos y los líquenes.

Primeramente le había parecido cometer una de esas travesuras que se perdonan «si no se hacen más». La separación de la actriz era cosa irremediable; lo sabía pero no lo pensaba; y era irremediable, porque no podía regresar antes de que ella partiese, y no hubiera sabido ya dónde encontrarla, ni aún habiendo insinuado ella la idea de ir a París por unos vestidos, y a Praga, a entenderse con un escenógrafo bohemio ultraneoilusionista hipermetafísico, para el montaje de la nueva comedia quirúrgico-musical «*La pulga en la oreja*», agonía en

tres actos, con ballets religiosos de Nikotina y Kar-ciuff.

La primera señal de angustia había intentado sofocarla, rememorando los sufrimientos, las inquietudes, los espasmos con que aquella mujer de los nervios indomables había dramatizado su amor.

(Mélitta le precedía con el bamboleo de su falda escocesa, escuchando la alegre canción del torrente).

Llevaban andando una hora, y él estuvo tentado de tirar el saco, de volverse atrás, de correr a la actriz, a la maravillosa falsificadora de balances sentimentales, con los que le había hecho probar todos los múltiples y submúltiplos del amor, la mujer injusta y bella como un privilegio, la trágica de las muchas vidas; la mujer que lo había atraído por aquel su substracto feroz, que lo había fascinado con su genialidad, histérica en el fondo, con la naturaleza inquieta, intermitente, oscilante y reincidente de la pasión, con su carácter acuchillador, con sus nervios cargados de cincuenta mil kilowatts, con la exaltada virulencia de su lenguaje de amor, imaginativo y frondosísimo lenguaje de amor que ninguna otra mujer hubiese podido hablar.

(Mélitta caminaba delante, por el sendero tapizado de césped, rubia, ligera, pasándose de cuando en cuando un pañolito rojo de seda por la pálida nuca espolvoreada de oro.)

«Ha acabado, ha acabado—se repetía a sí mismo.—No la veré más. Peor aún: la veré siempre que quiera, pero no podré hablarla; y la volveré a ver en sus mejores momentos: en la escena. Pasará por mi lado, con otros, de noche, después de la función; será todavía bella, para los demás; será elegante, para los demás; esbelta y burlona, como la esterilidad, me clavaré con sus inmensos ojos grises, punteados de reflejos metálicos.»

(Mélitta, delante, miraba el paisaje, consultaba el reloj de pulsera y caminaba).

«Prodigaré sus dulzuras y su neurastenia a otro:

a otro que le sacará el perro de paseo, que sufrirá las recomendaciones y el malhumor de los contratados, que hará sonreír al actor cómico de la compañía, a aquel que llevaba siempre en el bolsillo una gramática noruega y una revista científica, y que para consolarme decía:—Pobre amigo mío, esa mujer se inflama aunque no se la provoque, porque arde espontáneamente, como el fósforo.

»Ten paciencia—le dirá a otro el cómico recolector de ciencia médica.—Ella no tiene la culpa: es la edad crítica, la víspera de la decadencia; fenómenos explicables; desequilibrios armónicos; insuficiencia ovárica; anuncio de la menopausa; la delincuencia femenina es mayor en la pubertad y en la edad crítica: las explosiones nerviosas, las crisis de llanto, las cóleras insensatas son como equivalentes epilépticos.

»Y la víctima responderá: ¿Pero te parece que yo deje mi tranquilidad a merced de su insuficiencia ovárica y de sus desequilibrios armónicos?

»Sin embargo, seguirá todavía encadenado a ella, en estado de catalepsia espiritual, en la ilusión, mejor dicho, en la hipertrofia de la ilusión que me ha hecho vivir a mí hasta hoy.»

Mélitta le había llevado allá arriba, con su ligereza soñadora de niña inteligente, cubriéndole de atenciones con su parloteo sensato, haciéndole mimos, acariciándole el rostro y el corazón con sus largos y castos dedos como de una clarisa, pero armados de rojas uñas en forma de lanza. Y llegados al claro albergue, sobre el lago dormido, había transformado la propia celda pulverizando perfumes, quemando un cono japonés, disponiendo con bella gracia, sobre la sencilla mesita que hacía de armario, cintas muy vivas, cajitas de plata, un libro encuadernado en piel, un portarretratos de tortuga rubia, una florecilla de ciprés recogida en la ascensión a la montaña, una cruz de topacio, y su ropa blanca íntima, fina e incitante. (Para ser virgen no es

obligatorio enfundar la propia virginidad en gruesas telas de madapolán).

El lecho pobre y desnudo, lo había vuelto amarillo esparciendo sobre él los amarillos crisantemos y los dragones rojos de sus vestidos de crespón de China.

Dondequiera que se hallen, cierta clase de mujeres saben crearse un ambiente de intimidad.

—¿Tienes apetito, Mauro? Yo sí. ¿Has dicho que no? ¿Que no? Pues hay que tener apetito. Yo lo quiero. ¿Tienes apetito?

—Sí.

Se sentó frente a él, mientras una de las mujeres llevaba un gran plato humeante.

—¡No mires tanto a esa campesina rubicunda, y come!

—No tengo gustos geórgicos—sonrió Mauro con amargura.

Entraron con estrépito dos enormes pares de zapatos herrados, como de un palmo de grueso.

De los zapatos salían dos espigadísimos excursionistas ingleses de *knickerbocker* (1): un hombre y una que, después de un examen muy atento, podía parecer una mujer. Se miraron bien antes de emitir ese gruñido de foca constipada que para los anglosajones quiere decir un saludo.

Cuatro jovencitos morenos, de cara tostada y anchos calzones de terciopelo estrechos por los tobillos, aparecieron en el umbral, llevándose al sombrero, verticalmente, la mano abierta, con la palma hacia fuera.

—Franceses—dijo Mélitta.

En efecto, atronaron la estancia con una estrepitosa jerga de trinchera, y dando en la mesa con sus pipas enormes, pidieron a grandes voces vino:

—*Du pinard!* (2).

(1) Caja de juguetes.
(2) Término de trinchera.

*
* *

Mélitta y Mauro salieron fuera: necesitaban silencio.

Frente a ellos tenían una gran llanura, vagamente ondulada que conducía al lago. Mélitta recordaba haber visto en los escaparates de las tiendas de modas peces de colores nadando en *acuariums* improvisados con la falda de ciertos vestidos, para demostrar la impermeabilidad del paño. Aquel lago encalmado era como un poco de agua sobre un ángulo de tejido árido, tendido sobre la corona de los montes; una corona fantástica donde brillaba el iris perlado de las nieves, donde centelleaban los diamantes de los hielos; donde el horror de la murena de ágata se confunde con la esmeraldina serenidad de los pastos.

(Esta descripción idiota, campanuda y vieja satisface al paladar de los guardias municipales. Para las señoritas que estudian para maestras, tendremos que añadir unos puntos suspensivos, el lamento... muy lejano... de unas campanas).

Un vientecillo fresco les azotaba, agitando las ropas y modelándolas con gracia sobre el pecho, sobre el vientre, a lo largo de las piernas de Mélitta.

Cuando estuvieron junto al lago, en un lugar tranquilo, lleno de sol acariciador, un lugar que parecía preparado adrede con finísimas e infinitas briznas de hierba, resguardado del viento, la muchachita extendió su capa.

—Hay sitio para dos.

Y cruzó las piernas a la manera turca: Mauro se tendió boca abajo, apoyando en la hierba los codos, y el mentón en los puños sobrepuestos.

Recto, frente a Mauro, el gran valle de donde habían subido.

El miraba hacia allá, fijo, mudo, ausente.

—Tengc que decirte una cosa, Mauro. Te la he callado hasta ahora, no porque no me atreviese a confesarla, sino porque no la consideraba urgente. He podido hablarte anoche, allá abajo; o esta mañana, mientras subíamos, o en la mesa: pero me parecía que podías despedirme, o que no me seguirías.

—¿Y bien?

—Es preciso que yo te deje, como cosa de una hora.

El se volvió hacia ella y la miró cara a cara. Después retornó a su postura de antes, miró hacia el gran valle, abierto como dos grandes manos protectoras que le invitasen, y dejó caer el rostro entre las dos suyas abiertas.

No lloraba. Pero los hombros y la espina dorsal daban sacudidas como sollozos.

—¿Qué hora es?

Méjitta se miró la muñeca: las dos: pero no contestó.

Se plegó luego a un costado de él, poniéndolo contra el hombro su seno; trató de verle el rostro, de apartar las pálidas manos que se interponían entre él y la tierra; pero él continuó inmóvil, con la boca en la hierba, como si quisiera volcar sobre la tierra todas las lágrimas que de la tierra, es decir, de la carne provienen.

Méjitta metió su propio rostro entre el rostro y las manos de él, mezclando con la amargura de su tormento de hombre destrozado, todo el perfume de su juventud, toda la fragancia de su alma transparente.

Y besándole las mejillas semiocultas, y la boca húmeda del rocío de las lágrimas, murmurábele en voz baja:

—Llora, pobre Mauro. Llora.

)*
* *

Allá abajo, a cinco horas de marcha, algunos camareros reverenciosos, con inclinaciones mitad de diplomático y mitad de pederasta, hacían los honores al carruaje, cargado de polvo y de bañes.

Un grupo de señoritas de inteligencia roma como sus zapatos de tennis trataba de descubrir bajo el velo el rostro de la señora solitaria que partía.

)*
* *

—No llores más. No te dejes, no: aquí está tu Méjitta; no, no se va.

Del refugio, que fué en tiempos albergue de caza de un gran rey, y que ahora con el pomposo nombre de hotel restaurant hospeda a los soñadores que escalan las nubes con su imaginación, llegaba el canto de los cuatro jovencitos franceses, que conservaban de las trincheras la jerga y las canciones.

Cantaban la *Madelon*.

Grandes mechones de árnica amarilleaban entre las rocas de la murena.

A una altura vertiginosa, un equipo de halcones se abandonaba a pruebas de virtuosismo, al sol que hacía de reflector. Giraban en lentas espirales, iban y venían en evoluciones magníficas, rizaban el rizo, se dejaban caer como cosas inertes, y de pronto recobraban el vigor de su vuelo y se remontaban a una mayor altura.

(Si, después de todo, no eran halcones, da lo mismo. Pero mirlos no eran).

A lo lejos, el jovial estribillo de nostálgico amor soldadesco:

—¡La *Madelon*!

Y el sol bajaba de pronto tras una cresta altísima,

dejando tras sí una fría humedad. Mélitta, sintió frías sus manos y le pareció que se hundían en la humedad violeta de aquella sombra.

—Volvamos.

*
* *

Los cuatro jóvenes se habían marchado. El inglés hombre, con su pipa de raíz entre los largos incisivos, leía la Biblia, proyectando sobre las sagradas páginas profanas espirales de humo, mientras la inglesa mujer le preparaba una especie de torta de mermelada, con manteca y miel.

—¿Y si nosotros tomáramos el té?—propuso Mélitta.—Voy a la cocina, a prepararlo. En mi habitación tengo un paquete blanco y un frasquito amarillo.

Encontró los bizcochos y el ron. Antes de salir, miró otra vez la mesita roja, transformada en un ángulo de intimidad. Los lazos, la cruz de topacio, el portarretratos de tortuga rubia con la fotografía de mamá, una cajita de plata, un...

Un curioso objeto mal envuelto en un papel: una especie de caja de cerillas hecha como de hojas de papel de estaño sobre otras hojas de parafina.

Mauro la miró por todas partes, la sopesó con aire interrogativo, y con el paquete y el frasco volvió a entrar en el comedor, escuálido, monástico y bello como un refectorio.

Tomaron el té. Mélitta ofreció ron a los ingleses; los ingleses le ofrecieron mermelada de frambuesa, y elogiaron el sol de Roma, la fuente de las tortugas y las alcachofas con judías que se comen en Piperno, en el monte Cenci. Mélitta demostró estar al corriente de las excentricidades del Príncipe de Gales, habló de su nostalgia del Támesis y discutió sobre la última llegada de momias para el Museo Británico.

Mauro pensaba que a aquella misma hora, una

mujer cubierta por un velo viajaba quién sabía por dónde, en busca de quién sabía quién.

La comida no fué larga ni alegre, a la débil luz amarillenta de la lámpara de aceite. La noche estaba fría: en un desgarrón de las nubes blanqueaba alguna nebulosa, entre parpadeantes asteroides.

La muchachita se empeñó en que Mauro tomase una píldora calmante, se aseguró de que el lecho donde él tenía que dormir era blando, plano y dotado de buenas ropas; y cuando le pareció que el medicamento iba a producir su efecto, aquietándole los nervios, se fué a su habitación.

Pero no durmió.

El cansancio, las emociones, el mismo calmante le velaban la mente, produciéndole una somnolencia nerviosa. La fantasía le proyectaba extravagantes visiones de hechos recientes y remotos, contorsionados en un pavoroso ovillo, en el cual se abrían dos grandes ojos grises, punteados de escamas amarillentas, y una doble hilera de lámparas al pie de un proscenio lleno de áurea luz: se sentía transportado en vilo, por encima de una muchedumbre vitoreante, y de unos halcones negros que volaban sobre el anfiteatro de los montes, sobre el pequeño lago azul.

—¡Mélitta!—gritó con la garganta abrasada por la fiebre.

No respondió. ¿Era posible que durmiera, mientras él en la desolada alcoba de un albergue de caza, solitario como un lazareto, se retorció las manos atacado de una como locura incipiente?

—Yo soy como esas muñecas—habíale dicho Mélitta—que apenas se tienden boca arriba cierran automáticamente los ojos.

Se echó de la cama. Se acercó a la puerta, llamó.

Nada.

La superstición asimilada en el ambiente de los cómicos se agudizó, atormentándole. Pensó en la venganza, en el castigo: la mujer de los ojos grises

con resplandores amarillos encerraba en su mirada algo mágico. También a él, quince horas antes, le habían llamado a la puerta, suplicándole:

—¡Sketch!

Tampoco entonces, forzada la puerta, encontraron a nadie.

Mauro llamó de nuevo:

—¡Mélitta!

No muy lejos, alguien que sin duda quería dormir, dió tres golpes resueltos.

Escuchó, conteniendo la respiración y miró en torno suyo: después empujó la puerta, iluminando alegremente la habitación con su propia luz.

El lecho estaba intacto. Todas las cosas de Mélitta en su sitio. Los lazos, la cajita de plata, el crucifijo de topacio, el vestido de crepón de China con los dragones encarnados y los crisantemos. Examinó los objetos uno a uno. Aquella cosa hecha de hojas de papel de estaño sobre hojas de parafina, no estaba.

Vistióse mejor, se envolvió en una capa y salió a la noche, llamando a Mélitta en voz baja. No podía estar muy lejos. Estaba ciertamente allí mismo, y en el silencio tenía que sentirla.

—Mélitta... Mélitta...

Dió una vuelta completa a la casa, volvió a su habitación, salió, la llamó una vez más, fué de un lado para otro en las tinieblas, hacia el lago, hacia el monte; le pareció haberse alejado mucho, y se encontró por el contrario contra una pared; avanzó poco a poco, por una especie de sendero, se metió en un arroyuelo, vió algo que brillaba en las sombras: ¿el espejo del lago? Avanzó con cautela, y volvió a llamar a Mélitta, inútilmente.

Siguió dando vueltas por la sombra desolada una hora, dos horas, ¡quién sabe cuánto! Se sintió solo, como si todos los hombres hubiesen desaparecido de la tierra, y se estuvo largo rato contemplando tan espantosa desolación.

Le daba miedo, no la oscuridad sinó el silencio. La naturaleza tiene horror al vacío: el hombre tiene horror al silencio.

¡El silencio!

¿Qué es lo que leía aquel hombre en la Biblia? ¿Y aquellos pajarracos negros que figura habían trazado sobre su cabeza, con sus vueltas como signos cabalísticos? ¿le entretejían acaso una corona de martirio?

—¡Mélitta!

Sombra. Montañas monstruosas: el lago era como una losa funeraria de cristal.

Coordinó sus pensamientos: disciplinó su voluntad.

Mélitta no podía haberse ido. ¿Por qué había dejado allí, si no, todos sus objetos? ¿Por qué había partido sin decirle una palabra? ¿Y dónde iba a ir? ¿De noche, por aquellos caminos invisibles, en un descampado tan inmenso?

Buscó la dirección de la casa: le pareció buena; dió algunos pasos: se desvió; no era aquella; se detuvo a escuchar: ¿un susurro? ¿una voz?

Nada.

Vagó de aquí para allá. Se volvió inquieto, desorientado.

Un gusano de luz.

Era como el que tiene una pesadilla, y aun sabiendo que lo es, no acierta a despertarse.

No. No era un gusano de luz. La luciérnaga palpita, se ilumina, se oscurece a intervalos regulares. Aquella luz era fija. ¿Llegada de excursionistas? ¿Caminantes en dirección al refugio?

Corrió hacia la lucecita, tropezó con una piedra, cayó, se levantó, siguió corriendo.

Una voz.

De mujer.

Se detuvo, intrigadísimo.

La voz de Mélitta.

Avanzó con cautela, conteniendo la respiración, su-

jetándose las alas de la capa, para que ni siquiera produjese el ruido de su roce.

No acertaba a ver quién acompañaba a Mélitta: una linterna eléctrica proyectando un triángulo de luz, ya hacia adelante, ya sobre el suelo, hundía en una sombra más negra a dos personas.

Temió ser descubierto: bastaba un desvío de la lámpara hacia él, para iluminarlo de lleno. Cuando hubieron pasado, pudo distinguir, viéndolas por la espalda, dos figuras humanas recortadas como en un papel negro, sobre el cono de luz.

Debía de ser un hombre bastante joven: y alto como él. Percibió alguna palabra: le pareció que se trataban de tú.

Llegados a la casa, ella abrió cautelosamente la puerta, y se mostró alumbrada por la débil luz de la linterna: ésta, al proyectarse hacia adelante, iluminó también el rostro del desconocido. Se saludaron quedamente, el desconocido besó a la niña y se volvió sobre sus pasos en la noche oscura, precedido del cono de luz blanca.

Mélitta entró en su habitación despacito y cerró la puerta. La casa, por un momento salida de las tinieblas, se hundía nuevamente en la oscuridad.

La linterna del misterioso caminante proyectó en la negrura sobre el suelo su cono de luz, osciló de aquí para allá, se convirtió en un punto confuso... y desapareció.

4

Despierta poco después de elevarse el sol, por el relincho y el piafar de los caballos que esperaban a los ingleses, Mélitta salió a la explanada a saludar a los montes velados de rocío, y a saturarse del aire de la mañana. En las altas crestas lejanas había nevado durante la noche.

Volvió a su cuarto, a despertar sus pequeñas cosas dormidas: una cobertera que brilla pretenciosa y rutilante, el agua que canta cayendo en la jofaina, un golpe de peine contra el espejo.

—*El Padre Eterno es aquella cosa...*

Mélitta canturreaba enjabonándose la nuca con una brocha.

—*...que vela por ti día y noche...*

Terminó, dejó la brocha y fijó luego una cuchilla entre las dos defensas de la navaja de seguridad.

—*...pero que después se burla y se ríe...*

Cogió la gillette por el mango, y ayudándose con dos espejos contrapuestos, uno a la espalda y otro de frente, comenzó a rasurarse.

—*...de tus calamidades...*

—¿Puedo entrar, Mélitta?

—¡Adelante!

Siguió rasurándose la nuca a grandes navajazos: el brazo desnudo, levantado y retorcido hacia atrás,